

ALDO LINARES

CUANDO

LO

SUGERENTE

SE

HACE

EVIDENTE

La emocionante percepción  
de *lo que no se ve*

Luciérnaga

ALDO LINARES

*Cuando lo sugerente  
se hace evidente*

La emocionante percepción  
de lo que no se ve



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Aldo Linares, 2020.

© de la foto de cubierta: Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: noviembre de 2020

© Edicions 62, S.A, 2020

Ediciones Luciérnaga

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-18015-40-3

Depósito legal: B. 15.790-2020

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# ÍNDICE

VOZ  
9

HORIZONTE DE SUCESOS  
15

MÚSICA ANTIGUA  
35

IMÁGENES PAGANAS  
55

SOBRE OTRA RUTA  
126

SALÓN DE ESPEJOS  
213

HORIZONTE DE POSIBILIDADES  
264

VOCES  
281

OÍR PARA SENTIR  
287

## VOZ

«Ya empieza, ya empieza»

Me cuesta mucho creer en médiums. Lo reconozco.

Y no por el hecho de que piense que tras la muerte no hay nada más, pues lo ignoro. No seré yo quien lo afirme o niegue de manera taxativa. Sí sé que hay demasiados casos de eso que coloquialmente llamamos «aparecidos», es decir, de personas que, tras haber fallecido, se presentan ante los vivos. A veces, incluso, en paralelo al instante de su muerte, cuando el receptor de la visión ni siquiera sabe que el «aparecido» lo es, porque desconoce que ha desaparecido para siempre. He escuchado de boca de sus protagonistas tantos casos de esta naturaleza, que no me atrevo a afirmar que no existe nada más, que todo acaba una vez que dejamos nuestro cuerpo físico y que solo nos convertimos en polvo y cenizas.

Rechazar la existencia de estos casos solo puede hacerse desde el desconocimiento y la falta de información. Esto es al menos lo que pienso. Otra cosa es saber qué explicación pueden tener estas visiones, que ¡vaya usted a saber lo que pueden ser! Sin embargo, de ahí a que haya personas que afirmen no solo verlos, sino comunicarse con ellos y recibir información importante para los difuntos o para los vivos con los que supuestamente contactan, hay un amplio trecho que siempre me he resistido a recorrer. Y no por cerrazón. No. Más bien porque sé que hay sujetos que se aprovechan del dolor ajeno y de las terribles emociones que alguien experimenta cuando pierde a un ser querido. Lo sé perfectamente porque lo he visto.

También sé que a Aldo no le gusta la palabra «médium», que he utilizado al principio de estas líneas. Lo hemos hablado en ocasiones. Entre nosotros solemos utilizar el término «sensitivo», pero creo que con «médium» se va a entender mejor lo que quiero explicarles, y que tiene que ver con mi percepción del propio Aldo.

Cuando me lo presentaron, hace ya unos años, algo me hizo ponerme en guardia. No me importa reconocerlo y decirlo públicamente. Sé que Aldo no se va a ofender, porque él es el primero que duda de todo, incluso de sí mismo. Esa, en parte, es la motivación que le ha llevado a escribir este libro: buscar sus propias respuestas. Jamás le he oído pronunciarse con la altanería que muestran otros pretendidos sensitivos o canalizadores, que parecen sentar cátedra cada vez que hablan desde sus imaginarios púlpitos. Aldo, más bien, lo que desea es claridad para sí mismo, pues tampoco tiene todas las piezas del puzzle. Lo interesante es que lo reconoce con honestidad y que camina por la vida sin red.

Pero voy a regresar a esos primeros encuentros con Aldo Linares.

Mi mente, acostumbrada a analizarlo todo —aunque haya quien crea que las personas como yo, que nos dedicamos al estudio de los misterios, somos todas crédulas o engañabobos—, decidió ponerle a prueba de mil y una maneras. Otros compañeros me habían dicho que él —al igual que ocurre con mi querida Paloma Navarrete— no recibía información de ninguna clase antes de acudir a un lugar. Sin poner en duda lo que ellos me decían, quería comprobarlo por mí misma. Y la oportunidad de hacerlo me llegó cuando empecé a ser yo quien proyectaba y elaboraba mis propios reportajes. Eso significó que pasé a manejar toda la información de los casos que aceptaba. Y recuerdo que pensé que, si de mí dependía, Aldo no iba a tener ningún dato que pudiera servirle de referencia.

Así lo hice. Y debo admitirlo: los primeros resultados con respecto a él fueron desconcertantes. Aldo decía cosas que no solo no podía saber, porque nadie se las había contado, sino que facilitaba detalles que ni yo misma tenía en mi poder; información a la que solo tenía acceso la familia afectada y, a veces, ni

siquiera esta. Datos que se confirmaban después de haber estado en la vivienda o en el lugar objeto de nuestra investigación.

Me llega a la memoria un caso que seguimos en un pueblo de Extremadura. No daré muchos detalles, puesto que la familia afectada nos pidió permanecer en el anonimato. Se trataba de una vivienda en plena reforma. No era el mejor momento para pedir ayuda, pero nos llamaron porque no podían soportar más lo que allí estaba ocurriendo. Así era el miedo y la preocupación que tenían los miembros de la familia.

Pues bien, el matrimonio me contó ciertas cosas durante mis entrevistas, primero telefónicas y posteriormente estando ya allí con un operador de cámara. Cuando llegó Aldo, varios días después de hacerlo nosotros, sin haber escuchado nada de lo que se había dicho entre aquellas cuatro paredes, lo que él contó, aparentemente, no tenía que ver con lo que la familia me había referido. El operador de cámara que viajó conmigo en aquella ocasión me miró de reojo y puso cara de: «Ha fallado». Pero Aldo, ajeno a nosotros, continuó hablando y siguió dando detalles precisos sobre una persona que supuestamente estaba vivo. Describió a la perfección el color de su pelo, su rostro, la ropa que llevaba y hasta el calzado... A continuación, se dirigió a una habitación ocupada por trastos y muebles a causa de la reforma que se estaba llevando a cabo en la casa y, una vez dentro, afirmó que allí, en esa estancia, esa persona, ya fallecida, había pasado cierto tiempo y que en un cajón se guardaban objetos personales suyos.

No se me olvidará el rostro de la testigo, que se fue demandando a medida que Aldo hablaba. Ni tampoco cómo, en medio de la grabación, la testigo entró en esa habitación, abrió un cajón, y extrajo un reloj y una cartera que habían pertenecido al hombre que con tanto detalle había descrito Aldo. Ella sabía perfectamente de quién se trataba. Casi con lágrimas en los ojos, nos enseñó sus pertenencias y dio fe de que todo lo que Aldo había contado era cierto. De igual modo, no he podido quitarme de la cabeza cómo su marido se apresuró a buscar una fotografía de ese hombre en su móvil. Decía que Aldo hablaba de su padre. Y quiso enseñarnos cómo iba vestido y peinado. Esa fotografía

—es importante decirlo— no estaba en ningún lugar de la vivienda, cosa que comprobé; solo en su teléfono móvil. Cuando me la mostró, vi con estupor que era exactamente como Aldo lo había descrito. Ese día, tengo que decir la verdad, se me rompieron un poco los esquemas.

Pero es que no contenta con eso, he seguido poniendo a prueba a Aldo siempre que he tenido ocasión, y ya han sido unas cuantas. Por supuesto, siempre desde el respeto, pero haciendo gala del celo investigativo que me caracteriza. Aldo no solo se lo ha tomado con deportividad, sino que me ha dado más de una lección sin perder en ningún momento la sonrisa.

Sin embargo, hubo un antes y un después en nuestra relación, a raíz de un viaje que hicimos a un pueblo de Cádiz. Hasta entonces siempre había tratado a Aldo como a un colaborador, es decir, desde un plano estrictamente profesional. Pensaba por aquel entonces que no era bueno establecer otro tipo de vínculo para la labor que ambos desempeñábamos. Pero es que en ese viaje Aldo me ganó además en el terreno personal. Recuerdo que me puse enferma justo un par de días antes de partir. Como lo tenía todo organizado y realizar cambios de fechas era complicado, decidí ir. Craso error. Trabajar un montón de horas y muchos días con fiebre no es lo más aconsejable. Aun así, lo hice lo mejor que pude, con todo mi empeño.

Aldo llegó, como siempre, al final del viaje, cuando nosotros ya llevábamos varios días haciendo entrevistas y pruebas de todo tipo con mi querido Luis Uriarte, especialista en tecnología. Mis fuerzas, como es lógico, habían ido flaqueando y mi estado febril iba de mal en peor. De hecho, realicé el viaje de vuelta en tren casi en «trance» por la fiebre. Y nada más llegar a Madrid acudí al médico. Pues bien, fue durante esos días bajos cuando me percaté de que Aldo, además de un colaborador, era un amigo; un amigo silencioso, que me acompañaba sin decir más que lo justo y tranquilizador en cada momento, pero sin dejar de estar pendiente de mí. Se convirtió en una sombra silenciosa y reparadora.

Al volver, una vez repuesta, reflexioné, y me di cuenta de que quería que Aldo estuviera presente en mi vida no solo laboralmente, sino como amigo. Aunque ello no significó —ni signifi-



ca— que no vaya a seguir poniéndolo a prueba. Sé que es así como debe ser. Y él lo prefiere.

Cada viaje, cada visita es un reto para nosotros. Por eso, no me canso de coger sus manos frías, cosa que suele pasar justo antes de que él *vea* algo y de oír cómo susurra: «Ya empieza, ya empieza».

CLARA TAHOCS  
*Madrid, 7 de abril de 2020*